

su nuevo esclavo que le guíe por la isla. Al final de la obra, sin embargo, Calibán se da cuenta de su error, y arrepentido de confundir a un borracho con un dios se compromete de nuevo a servir a Próspero.

Rey Lear: adulación y makr divino

En *El Rey Lear* Shakespeare trata entre otros el tema de la adulación al falso poder. La historia empieza con el reparto de tierras que el rey hace entre sus hijas, pero antes quiere escuchar de ellas la declaración de su amor filial, y mientras que las dos mayores lo adulan con las lenguas declarándole un inmenso amor más allá de cualquier límite, Cordelia, su hija pequeña y la más sincera, en cambio le declara su amor en la justa proporción del vínculo que como hija le une a él, ni más ni menos, ya que, dice, si le declara su amor total entonces ¿qué sentido tendría casarse con un marido para el que no le quedará más amor? pues, por el contrario, cuando se case su amor irá repartido a mitades entre su padre y su marido. Ante esas rudas pero sinceras palabras y por contraste con la exageración de las otras, el Rey deshereda a su hija pequeña y expulsa bajo amenaza de muerte a su noble servidor Kent, quien trata sin éxito de hacerle razonar diciéndole que la pequeña le tiene en realidad más amor que las otras dos¹⁶¹.

Este tema de la adulación lo encontramos recogido también en Hamlet, en el diálogo del príncipe con su amigo Horacio, cuando le dice que es el hombre más ecuánime de todos los que ha tratado, a lo que Horacio responde que no le adule y Hamlet le dice que no lo hace, ya que no espera ninguna ganancia de sus palabras pues no tiene sentido

161 Cf. W. Shakespeare, *El Rey Lear*, Acto I, Escena I.

adular a los pobres. Tal actitud, dice Hamlet, la cometen aquellos que con sus lenguas lamen el insípido lujo y aquellos que doblan sus aprovechadas rodillas ahí donde la adulación recibe ganancias¹⁶². Tanto este fragmento de Hamlet como el referido a la actitud de las hijas mayores de Lear, presenta el tema de la adulación relacionado sutilmente con el tema de la falsa adoración. En la misma escena de El Rey Lear, el noble consejero Kent, cuando su Rey jura por Apolo que no dará ni una pizca de tierra a su hija menor, le amonesta y le dice que jura por sus dioses en vano. Aunque Shakespeare no profundiza aquí en el tema de la idolatría, esta sutil alusión da a entender que el esquema metafísico de Shakespeare está en concordancia con el planteamiento sufi de la Unidad divina.

Adorar a un ídolo, a una estatua como se hacía en la antigüedad, es adorar a algo construido con las propias manos, objeto que sirve para proyectar los deseos con la esperanza de que el dios de piedra podrá satisfacerlos. Esta actitud arquetípica de la idolatría tiene su paralelismo en la adoración del corazón a los falsos dioses que lo ocupan, idolatría interior de la cual la adulación exterior es una consecuencia. Y es que adorar a los seres del mundo implica atribuirles un poder superior y humillarse pidiendo su favor. Ante el argumento de los incrédulos de que se puede vivir sin Dios y que no es necesario adorarlo, el Corán responde diciendo que los incrédulos sí que tienen dioses y sí que los adoran. Detrás de mecanismos sutiles de sumisión y adulación al poder está en realidad la actitud arquetípica de la adoración a falsos dioses, es decir, a cosas o personas a las que se les atribuye el poder de concedernos nuestros deseos, postrándose metafóricamente (doblando las rodillas en adulación) ante ellas. De ahí también el arquetipo de las ofrendas al dios, pues es necesario tenerlo contento ante

162 *Id., Hamlet*, Acto III, Escena II.

semejante poder, ofrendas que trasladadas al plano de la adulación entre personas se expresará de distintas formas, desde actos y palabras aduladoras hasta sobornos de cualquier tipo.

La adulación, por tanto, consiste en poner un dios creado o ‘fabricado’ en las almas en lugar del Único Dios. La figura del clásico ‘trepa’ adulator comete ese error, pues piensa que la voluntad de una persona superior en jerarquía mundana va a ponerla en un lugar superior si la sirve y adula, y si el ascenso se produce es, en realidad, voluntad divina, pues no sucede nada sin Su voluntad, pero la persona aduladora habrá cometido la falta de la asociación inconsciente, el *širk* oculto, y en realidad su ascenso será un *maker* divino, eso es, un ardid con el cual será apartado del camino.

En realidad, pues, según el Corán, este poder es ilusorio, pues se nos dice que el único poder real pertenece al Dios Único. Atribuir poder a las cosas del mundo sin tener en cuenta la fuente de la que emanan, significa divinizarlas en sí mismas, creando por tanto una mentira. Una aleya es suficientemente elocuente al respecto:

“En realidad, lo que adoráis fuera de Dios solo son ídolos y estáis creando una mentira. Esos que adoráis fuera de Dios no tienen poder para daros sustento. Así pues, buscad la provisión del sustento en Dios y adoradlo y agradecedle, pues a Él regresaréis”¹⁶³.

Y unas aleyas más adelante encontramos la explicación a dicha falsa adoración:

“[Abraham] exclamó: <<Habéis tomado ídolos prescindiendo de Dios por el amor que, entre vosotros, despierta la vida mundanal. Luego, el día de la Resurrección, renegaréis los unos de los otros, y os

163 C. 29:17 (trad. de A. Guijarro).

maldeciréis unos a otros. Vuestro refugio será el fuego, y no tendréis defensores>>¹⁶⁴.

La esperanza de satisfacer los deseos mundanales, por tanto, es lo que lleva a idolatrar los seres del mundo, como veíamos con el esclavo Calibán al adorar al mayordomo borracho. Sin embargo, aunque los deseos sean así satisfechos, de forma ilícita, el alma se hace culpable de haber sido infiel al pacto primordial del hombre con Dios, según el cual aquel se comprometió en el momento de su creación a no adorar más que al Dios Único. Y al final, más tarde o más temprano, renegará de sus ídolos, como Calibán de su falso amo. Si es en esta vida cuando se produzca el abandono de los ídolos significará el triunfo del espíritu, mientras que quien muere sin abandonarlos es víctima del *maker* divino, por el cual la persona es conducida a la perdición sin darse cuenta, pues sus deseos ilegítimos son concedidos sin que atisbe ni una pizca de su ilegitimidad.

Como se ha comentado anteriormente, el término coránico que se traduce por ‘adoración’ (*‘ibāda*) es muy similar al término ‘servidumbre’ (*‘ubūda*), prácticamente hasta el punto que algunos traductores los usan indistintamente. Adorar, por tanto, está conectado con la idea de servir. Como se apuntó antes, servir a algo o a alguien es ayudar a que manifieste sus posibilidades, es ayudar a existir aquello que encierra en su interior, sea bueno o malo. En el caso de la adulación, quien la comete está sirviendo al falso poder, pues este necesita de alguien para sobrevivir, es decir, está ayudando a que se haga existente la mentira consistente en suponer que algo o alguien tiene poder por sí mismo, independientemente de la fuente divina de la que emana todo poder. En la misma escena de *El rey Lear*, el noble Kent le pregunta al obstinado rey si cree que el

164 C. 29:25 (trad. de J. Vernet).

deber tendrá miedo de hablar cuando el poder se inclina a la adulación, pues el honor, dice Kent, está obligado a la franqueza cuando la realeza cae en la locura¹⁶⁵. El deber sirve siempre a la verdad, y no al interés propio, y de ahí la expresión popular ‘nobleza obliga’. También en la primera escena Cordelia, la hija menor que reusa adular a su padre como sus hermanas para conseguir un pedazo de tierra, se defiende diciendo que no es una falta no poseer el arte del hablar aceitoso (adulador) ni una mirada siempre suplicante. Shakespeare ilustra así la sabiduría y dignidad del personaje, que no se inclina hacia la mentira como hacen sus hermanas.

En definitiva, a la raíz de la adulación está el orgullo, que supone considerarse un dios al lado del Único Dios. En *El gran teatro del mundo*, Calderón expone la misma idea a través del personaje de La Soberbia, quien se define a sí misma como ‘hermosa y lisonjera deidad de los humanos’¹⁶⁶.

El Corán insta a no tomar por dios a las cosas creadas olvidándose de la fuente. Por ejemplo:

“Di: ¡Gente del Libro! Venid a una palabra común para todos: Adoremos únicamente a *Allah*, sin asociarle nada y no nos tomemos unos a otros por señores en vez de *Allah*. Y si vuelven la espalda, decid: ¡Sed testigos de que somos musulmanes!”¹⁶⁷.

El método sufí aporta distintas herramientas para precaverse de la adulación. Por ejemplo, el orgullo que está a la base de la adulación se puede vencer con el recuerdo de la muerte (*dīkr al mawt*), donde el individuo toma consciencia

165 Cf. W. Shakespeare, *El Rey Lear*, Acto I, Esc. I.

166 Cf. Calderón de la Barca, *El gran mercado del mundo*, versos 853-854.

167 C. 3:64 (trad. de A.G. Melara Navío).

de su indigencia esencial y de su dependencia absoluta respecto la fuente divina. En el Corán se dice en varias aleyas que cuando alguien está en situación de peligro real de muerte, por ejemplo en una nave a punto de naufragar, suplica con sinceridad a Dios, reconociendo su dependencia absoluta, sin embargo, cuando son salvados y puestos en tierra firme la mayoría se olvidan de su sincera aceptación y vuelven a asociar al Dios Único con dioses inventados, es decir, vuelven a la idolatría en sus múltiples formas.

El recuerdo de la muerte sitúa al orante en una situación similar al que ve la muerte inminente y se deshace de golpe de todos los ídolos. Este tipo de recuerdo promueve así la virtud de la humildad, contrario metafísico del orgullo. Por otro lado, para luchar contra el peligro de la adulación es necesario desarrollar la conciencia de que los dones no los otorga nadie por más presión o adulación que reciba si no es con el permiso del cielo y en una medida prefijada de antemano. Dejar las expectativas al respecto de las criaturas es así un paso imprescindible. El siguiente hadiz es suficientemente claro y tranquilizador al respecto:

“Dijo Abû'l- ‘Abbâs ‘Abd Allâh ibn ‘Abbâs¹⁶⁸: Yo estaba un día detrás del Profeta, y me dijo: <<Joven, voy a enseñarte unas palabras. Guarda a Dios, y Él te guardará. Guarda a Dios, y lo encontrarás ante a ti. Si tienes algo que pedir, pídeselo a Dios, y si necesitas ayuda, pídesela a Dios. Y sabe que si toda la comunidad (*uma*) se reúne para beneficiarte en algo, no te beneficiará excepto en aquello que Dios haya prescrito para ti; y si se reúne

168 Apodado al-hibr, <<el docto>>, o al-bahr, <<el mar>>, fue uno de los más grandes sabios de la primera generación de musulmanes. Se le considera además el padre de la exégesis coránica. Primo hermano del Profeta, fue también uno de los más prolíficos transmisores de hadices. Murió entre los años 68-70/687-689.

para perjudicarte en algo, no te perjudicará excepto en aquello que Dios haya prescrito para ti. Las plumas se han levantado y las hojas se han secado>>¹⁶⁹”

Madre de Hamlet y actitud reductiva

En el personaje de la madre de Hamlet hay, como en la mayoría de personajes shakesperianos, luz y oscuridad mezcladas. En la escena donde su hijo la amonesta duramente, Shakespeare muestra uno de los mecanismos más sutiles de la psicología humana cuando todavía no ha sido transfigurada por la luz del espíritu. Se trata del mecanismo por el cual la voz de la conciencia es tapada e ignorada con una actitud defensiva consistente en desvalorizar el mensaje vivificador. Cuando Hamlet le asegura que ve el espectro de su padre, su madre reduce su visión a una simple fantasía de su cerebro fruto de la locura, ante lo cual Hamlet le asegura que está igual de cuerdo que ella, y le suplica que se confiese al cielo y que no ignore su culpa reduciéndole a un simple loco, pues esto no haría más que cubrir la llaga y la corrupción lo infectaría todo por dentro sin dejarse ver. Estas palabras logran despertar el arrepentimiento de la reina¹⁷⁰.

La actitud de la madre de Hamlet es una expresión de la actitud arquetípica que encontramos a lo largo de toda la historia religiosa de la humanidad, y que consistía en reducir

169 Al Nawawi, *Dichos del profeta (Los cuarenta Hadices)*, Traducción, prólogo y notas de Jordi Quingles, José J. de Olañeta, Editor, Palma de Mallorca, 2002, hadiz nº 9. La expresión ‘Las plumas se han levantado y las hojas se han secado’ se refiere a la premisa de la predestinación, según la cual el Decreto (*qadâ*) de Dios es inamovible.

170 Cf. W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto III, Escena IV.